

## Un renteriano ilustre • El Teniente Coronel D. Pío Echeverría y Lecuona

CUANDO al visitar al heroico militar renteriano, y cambiados los primeros saludos, le expusimos el objeto de nuestra visita, ofreciéndole un número de nuestra revista correspondiente al pasado año, nos dijo risueño:

—La conozco; la hojeé en Ceuta, donde me la ofreció un oficial, cuya novia residía en Rentería, y se la envió allá.

Por cierto que me proporcionó un grandísimo placer su lectura.

Y nosotros, halagados por la difusión de «RENTERIA», que hasta Africa llega, agradecemos los elogios de D. Pío.

Sin pretender hacer una interviú, sino guiados únicamente por el afán de ofrecer al público de nuestra villa en esta revista anual, una personalidad relevante de Rentería, sostenemos una amena conversación con este renteriano a quien su brillantísima actuación como capitán y más tarde como comandante del tercer tabor de Regulares de Ceuta, ha acreditado de valiente y sereno jefe, dirigiéndole un merecido mensaje de felicitación nuestro Ayuntamiento, quien así mismo acordó expresarle su admiración cuando nos visitase, acuerdo que se cumplió, siendo agasajado con un banquete íntimo, que reunió en torno suyo a una treintena de buenos amigos.

Y en afable charla, sin darles importancia, nos fué contando interesantes hechos, con esa sencillez innata en los vascos que nos impide ser demasiado explícitos al hablar de hechos que nos enaltecen.

Nos contaba una de sus mayores emociones de la campaña:

—Era al terminar una acción, ya en el campamento. Llegaban las camillas con heridos. Vi entre ellas una en la que yacía un oficial mío, muy estimado por su bravura. Venía atravesado de pecho a espalda por un balazo.

—Al verme cerca de él—nos decía,—se incorporó, y con voz tan imperceptible que para oírlo tuve que inclinarme sobre él... ¡Mi comandante!... mi madre... viuda... gestione la pensión... A pesar de mi costumbre, me impresioné lo indecible. Aunque muy grave, el oficial aquel, uno de mis valientes, sanó y anda por allí peleando.

Y la nostalgia del combate, ponía en sus ojos un fulgor, una viveza del que ha nacido para la guerra. Y no sólo don Pío es un valiente y afortunado militar, sino que siente por todo lo renteriano un intenso cariño.

Cuando tropezaba en el campo con el Regimiento de Sicilia, preguntaba en voz alta, en vascuence:

«¿Errenteriko senzak, bai aldirade emen? (Hay hijos de Rentería aquí?)»

Y en varias ocasiones tuvo el placer de abrazar y proteger en lo que podía a los hijos de la villa, quienes siempre encontraron en él noble y cariñoso apoyo.

En Ceuta era y es conocido por D. Pío, el de Rentería, y este su amor al «txoko» está fielmente reflejado en el siguiente párrafo de su respuesta al mensaje que el Concejo le dirigió, y que dice así:

«En varias ocasiones he visto recompensados mis trabajos y desvelos por el Gobierno de S. M. (q. D. g.); estas recompensas produjeron en mí una íntima satisfacción que me obligaba a perseverar en mis sacrificios. Mayor que esta íntima satisfacción, más honda, más intensa es la que siento en estos momentos. Ha sido la recompensa más preciada, más sagrada para mí de cuantas he recibido».

En numerosas órdenes del día del Ejército de Africa se cita su comportamiento en más de cien acciones, siempre en vanguardia, siendo lo milagroso, casi inconcebible, que jamás le ha tocado una bala, habiendo sido diezmada repetidas veces por el fuego enemigo la oficialidad de su tabor.

Nos refería su momento más afortunado, dentro de la gravedad y tristeza del episodio. La retirada de Xeruta.

Y al hablar de ella relumbraban sus ojos con ansias de deseos no satisfechos.

—Los legionarios, diezmadados, eran impotentes para contener la avalancha enemiga. Los moros nos rodeaban por todas partes. Yo, desmontado, con el ordenanza moro a mi lado, recorría los distintos repliegues del terreno, dando órdenes a mi gente.

Se me acercó un capitán:—Mi comandante, no hay municiones; los mulos acaban de escaparse y se han despedido por un barranco.—Recomendé resistir lo que se pudiera.

El moro, mi fiel ordenanza, me decía inquieto, mirando a todas partes: ¡Mi comandante, montar, montar pronto!

Pero mi obligación me sujetaba allí. El pobre, volvía a mí, y tirándose de la guerrera repetía angustiado: ¡Montar, montar pronto, mi comandante, si nó muertos! Y ya tuve que hacerlo, porque los moros estaban en masa encima. Al capitán no le ví más, ni se supo nada de él; a mi asistente le mataron, así como a su caballo, y al mío le hirieron gravemente, y justamente al ponerme en salvo, rodeado de un diluvio de balas en las líneas españolas, cayó muerto el noble animal.

Don Pío, calla. Su mente evoca sin duda aquel trágico instante.

Y nosotros, suponemos asimismo por este relato, tan fantástico e inverosímil, que leído fríamente no se creería, miramos como algo sobrenatural a este bravo militar, a quien sus soldados indígenas respetaban y querían con un respeto casi supersticioso que les subyugaba, al verle en lo más duro del combate sin que una bala le tocara jamás:

¡Tú estar santón!—le decían —¡las balas escapan de tí!

Quizá en esta fortuna maravillosa residiera la fascinación que en sus soldados despertaba, llevándoles a las brillantes acciones de guerra que ostenta en su hoja de servicios.

Nos despedimos de él, y al hacerlo nos expresa su agradecimiento por las atenciones de que inmerecidamente, a su juicio, le ha hecho objeto el pueblo y el Ayuntamiento de Rentería.

—Ya sabe usted que en Rentería se le quiere, le decimos al despedirnos.

—¿Pues y yo a Rentería?—nos contesta emocionado. Digan ustedes que en Huesca, a donde voy destinado, tienen los renterianos, un amigo, un hermano, a quien pueden mandar.

Y estrechamos fuertemente su mano, que con la punta de la espada ha escrito páginas tan gloriosas para España, así como para Rentería, su patria chica.

¿No vamos a alzar un monumento a los hijos ilustres de la Villa?

Pues pongamos entre ellos, con letras de oro, al lado de los Zamalbides, Uranzus e Isastis, el nombre de éste don Pío Echeverría y Lecuona, valiente entre los valientes, bueno y sencillo vasco, a quien quizá por su modestia excesiva no agraden las justas palabras que de nuestra pluma brotan, pero que puede estar seguro y orgulloso, con la satisfacción del deber cumplido, de que en el corazón de todos los renterianos tiene grabado su nombre por bravo, pundonoroso y protector fraternal de todos los hijos de Rentería que han pisado tierra africana.